

MOREAU (Joseph): *Dieu dans la philosophie classique*, en «Giornale di metafisica», Génova, año XIII, núm. 3, 15 mayo-junio 1958 (págs. 285-295).

Por filosofía clásica se entiende la que se desarrolla en Europa desde Descartes a Kant, con los nombres, en ese gran paréntesis, de Spinoza, Malebranche y Leibniz. Toda esta filosofía se ocupa de Dios (tal vez pudiera llamarse filosofía teocéntrica), cuya existencia quiere ser probada por medio del argumento ontológico, con raíz en San Anselmo: «aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, no puede existir sólo en el entendimiento. Pues si sólo existe en el entendimiento, puede pensarse algo que exista también en la realidad, lo cual es mayor. Por consiguiente, si aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, existe sólo en el entendimiento, aquello mayor que lo cual nada puede pensarse es lo mismo que aquello mayor que lo cual puede pensarse algo. Pero esto ciertamente no puede ser. Existe, por tanto, fuera de toda duda, algo mayor que lo cual nada puede pensarse, tanto en el entendimiento como en la realidad» («Proslogion», cap. II). Santo Tomás, con su crítica, hizo que la afirmación anselmiana fuera olvidada. Descartes revaloriza el argumento y Kant lo desecha por no ser filosóficamente válido. (Hegel volvería a recabar la importancia del argumento.)

Kant (*Crítica de la razón pura*) declara que la existencia debe ser dada en una experiencia; por el mero razonamiento no se explica el paso de la esencia a la existencia, de la idea al ser. La existencia no es un predicado real, no es un concepto de algo que se pueda añadir al concepto de una cosa. Leibniz, que se había preguntado «cómo una simple idea o pensamiento pueda inferir una existencia fuera de nosotros», quiere resolver la dificultad del argumento estableciendo que la cuestión a demostrar es la posibilidad de Dios; hay que saber si la noción del Ser necesario y absolutamente perfecto, puede concebirse distintamente, sin contradicción, o si consiste en una noción puramente nominal. La noción de Dios ha de ser posible bajo un sentido rigurosamente geométrico.

Descartes observa el carácter privilegiado de la idea divina: la existencia es inseparable de la esencia como la defi-

nición del triángulo de sus propiedades. En la «Quinta Meditación», Descartes incluye su segunda prueba de la existencia de Dios, la ontológica. Esa existencia se impone al pensamiento con igual certeza que las verdades matemáticas. Para Spinoza la esencia de Dios no se distingue de su existencia. Malebranche afirma que la idea de Dios no es otra cosa que su Verbo. Dios no es el objeto de una idea; no existen ideas más que de objetos determinados, finitos. Para la comprensión del argumento ontológico, J. Moreau aclara que la existencia de Dios no es la de los objetos dados (*Vorhandensein* de Heidegger), ni la de un sujeto como nosotros (*Dasein*), puestos en el espacio y condicionados al tiempo; Dios está fuera de la esencia y la existencia así comprendidas. La existencia de Dios es el *poder* en cuya virtud los objetos son conocidos y existen los sujetos. La esencia supone la existencia. «de un sujeto al que se hace conocer, y también un principio del que ella toma su consistencia y su necesidad». La existencia de Dios, trascendente, inconmensurable y misteriosa para nosotros, es en realidad la plenitud del Ser, la Eternidad. El argumento ontológico, mediante la noción del *poder* divino, adopta un significado *dinámico*.—MANUEL MANTERO.

DEMOS (Raphael): *The Neo-Hellenic Enlightenment (1750-1821)*, en «Journal of History of Ideas», XIX, 4, 1958, (págs. 523-541).

La conquista turca de los restos del Imperio bizantino significa también el refuerzo griego al proceso renacentista. A su vez, el Renacimiento reobró sobre Grecia atravesando el «telón de acero» turcomano. El autor busca describir los efectos ulteriores de esta «neoilustración» helénica.

Es sorprendente, pero exacto, que en los comienzos del dominio turco se cultivó en grado sorprendente la educación popular, la búsqueda intelectual y la filosofía profesional. A ello contribuyó mucho la Iglesia ortodoxa, sobre todo en la persona de sus clérigos. Posteriormente las funciones intelectuales tendían a ser realizadas también por seculares, que mantenían desde luego el rescoldo cultural homogéneamente europeo. Muchos emigraban, como profesores de griego, a diversos puntos de Occidente.